

POTOSÍ GOLPE EN EL SALAR



Andy Robinson, uno de los últimos grandes reporteros globales, recorre América Latina siguiendo los pasos, medio siglo después, de las “venas abiertas” de Eduardo Galeano, que siguen sin cerrarse. El palpitante viaje del corresponsal internacional de ‘La Vanguardia’ pasa también por el salar de Uyuni, en Bolivia, que llegó a ser un paradójico símbolo simultáneo tanto de las nuevas, absurdas e insostenibles tendencias del turismo globalizado como de las esperanzas del “socialismo del siglo XXI”.

POR ANDY ROBINSON

Al salar de Uyuni, a 3.658 metros sobre el nivel del mar, en los Andes de Bolivia, ya venían más turistas que al lago Titicaca. Una vez incorporado al circuito Machu Picchu-Cuzco, el número iría en aumento. En el mes de febrero, al inicio de la estación de lluvias, casi todos los turistas que llegaban en todoterreno desde el aeropuerto de Uyuni eran asiáticos. Apenas había europeos, salvo un par de mochileros franceses.

“A los asiáticos les gusta la temporada de lluvias y a los europeos la temporada seca”, me explicó el agobiado recepcionista del Hotel Luna Salada, un establecimiento de lujo (de 300 a 400 dólares la noche), pese a estar construido con grandes bloques de sal.

Esta curiosa diferencia cultural entre Oriente y Occidente parecía estar relacionada con la estética. A los europeos les gustaba venir entre mayo y septiembre para contemplar la gigantesca costra de blanca cegadora que se extiende hasta el horizonte y así perderse en los espejismos del desierto de sodio que a veces provocaban colisiones entre los diferentes convoyes de todoterrenos. Los asiáticos, en cambio, preferían la superficie cristalina del agua que entre enero y abril convierte el Salar en un gigantesco lago de agua reflectante salpicado de islotes de sal parecidos a icebergs. [...]

Sobre las diez de la mañana un convoy de unos cuarenta todoterrenos arrancó desde los hoteles, se sumergió parcialmente en el agua

Se recorren miles de kilómetros en muchísimas horas de avión con enlaces por la recompensa de una foto

La puesta de sol favorita en el Facebook global duró 8 minutos. La posición favorita es el estilo cigüeña

y cruzó el salar, dejando una estela triangular sobre la lámina casi metálica de agua, hasta un islote donde se había construido ilegalmente el primer hotel, también hecho de sal, pero cerrado por el Gobierno cuando se descubrió que vertía los residuos fecales directamente al salar.

Ahí bajaron todos a tomar una Coca-Cola antes de lanzarse al agua con botas de goma o chancletas havaianas y posar para las cámaras. La postura predilecta para sacar el mejor reflejo suponía sostenerse de una sola pierna, al estilo cigüeña, y lanzar el cuerpo hacia delante mientras se señalaba el horizonte con el brazo y el dedo índice extendidos. Muchas chicas hacían eso mientras sus novios las enfoca-

ban con la Nikon. Otra era la postura de la torre budista, con las manos juntas por encima de la cabeza. Dos mujeres japonesas se habían puesto faldas de color escarlata para optimizar el efecto reflejo. Otros llevaban globos de varios colores para crear una imagen digna de un anuncio de Miu Miu en un mall de Shanghái.

Era obvio que todo había sido planeado hasta el último detalle en Tokio o Pekín antes del vuelo de 18 horas a Lima, otras dos a Cuzco, otra más a La Paz, y una última hora y media a Uyuni, sin olvidar el trayecto de hora y media en camioneta. En esta expedición transcontinental el resultado estético tenía que cumplir exactamente con la imagen deseada. “Vienen en busca del espejo más grande del mundo. Les encanta venir al amanecer o al atardecer e incluso por la noche, porque da la impresión de estar en medio de las estrellas”, dijo el guía, José Luis Huayllani, un quechua hablante de paciencia inagotable que me sugirió probar una postura más sencilla, con los dos brazos levantados y piernas abiertas en forma de doble equis.

Diez centímetros de agua era la profundidad óptima para el reflejo, cuya nitidez requería no solo de la superficie metálica del agua, sino también de la blancura del salar que se filtraba desde el fondo, solamente visible a esa precisa profundidad. “Con el cambio climático llueve menos y no estamos llegando a los diez centímetros”, comentó Huayllani, preocupado. De vuelta al vestibulo del Hotel Luna Salada —palabras que ni Federico García Lorca se habría atrevido a yuxtaponer—, una pareja china, la novia vestida de

blanco y el novio también, se preparaban para las anheladas fotos al atardecer. La cotizada puesta de sol tan meticulosamente coreografiada como las que había visto frente a la casa imperial en la ciudad prohibida de Pekín, donde los fotógrafos usaban un ventilador para crear el deseado efecto ondulado de las colas de los vestidos de seda roja ante la arquitectura de la dinastía Ming.

A las cinco de la tarde los novios se sumaron a la segunda salida. Un convoy de camionetas cruzó hasta un espigón de sal y esperaron, como pescadores, el trofeo del día. Cuando el sol ya empezó a fundirse con el horizonte de sal y agua, todos levantaron simultáneamente las cámaras y los teléfonos móviles. Algunos habían optado por el paquete champán y celebraron el momento con un Veuve Clicquot. Se trataba de la puesta de sol más codiciada en Facebook a escala global. Duró apenas unos ocho minutos. Luego todos volvieron a subir a las camionetas que, entre el rugir de motores y el olor a gasolina, cruzaron de nuevo el salar, con el agua alcanzando a veces hasta la altura del capó.

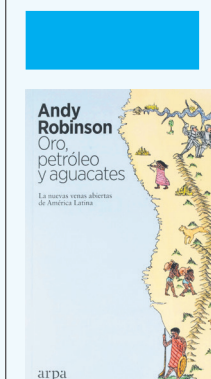
En el camino de vuelta a los hoteles de sal, el turista capaz de despegar la mirada de los trofeos de la sesión fotográfica en su *smartphone* tal vez se fijara en un cartel colgado en la fachada de un edificio destartado. Acaso habría recordado a los turistas asiáticos de edad más avanzada aquellos tiempos anteriores a Deng Xiaoping, cuando un ciudadano chino solo podía soñar con incorporarse al circuito global del turismo y cuando los lemas aún eran maoístas:

“Litio, más industrialización para vivir bien!”.

Al otro lado del salar se perfilaba la fábrica piloto de hidrocarburo de litio del Estado boliviano, construida en colaboración con técnicos y capital chinos y alemanes, la apuesta más osada del Gobierno de Evo Morales para unir la revolución socialista e indigenista con la nueva economía de bajas emisiones, de baterías y coches eléctricos. Sería la prueba definitiva de que Bolivia y el departamento de Potosí habían superado el yugo del extractivismo y la exportación de sus materias primas [...].

Mientras los turistas parecían ensimismarse cada día más en su propio reflejo, el salar de Uyuni y sus depósitos de litio se convertían en elementos decisivos de un nuevo golpe de Estado en América Latina. ★

Extractos reelaborados por el autor.



Oro, petróleo y aguacates. Las nuevas venas abiertas de América Latina
Andy Robinson
Arpa, 2020
320 páginas
19,90 euros